

“Yo Soy el Pan de Vida”**(Jn. 6:35, 48)**

Sal. 34:1-8; 1 Re. 19:1-8; Ef. 4:17-5:2; Jn. 6:35-51

Hohenau,

Jesús,

Cap. Miranda.

“Con su Biblia y una manta sobrevive 66 días naufrago en el Atlántico. Al ser rescatado relató que sus "mejores aliados" durante su deriva en el océano fueron la Biblia, que leyó entera varias veces, una manta y la fuerza que le daba la oración.

Jordan logró sobrevivir racionando la comida que tenía a bordo, pescando con una red y acumulando agua cuando llovía. ‘Durante un largo tiempo estuve muy sediento y estaba casi sin agua, y cada día oraba ‘Por favor Señor, manda algo de lluvia, algo de agua’, relató el navegante tras su rescate, y cuando ya casi no tenía agua sus plegarias fueron respondidas y pudo recolectar el preciado líquido. Durante su traslado en helicóptero, el naufrago relató a los oficiales de la Guardia Costera que sus dos ‘mejores aliados’ durante los más de 60 días a la deriva en el Atlántico fueron la Biblia, que leyó entera varias veces, y una manta que usó para protegerse de los rayos solares” (Nueva York, 4 de abril de 2015).¹

Si bien el agua, la comida y el abrigo son importantes, más importante fue todavía para este pescador perdido en alta mar, el Pan de Vida que es Jesucristo, la Palabra de Dios. La fe de este pescador en el Salvador Jesús fue alimentada y fortalecida por la Palabra de Dios.

En este pasaje del evangelio, de Juan capítulo 6:35-51, Jesús habla de la fe en él como un comer y beber espiritual. Habla del creer en Él, nuestro Dios y Salvador, como un comer y beber. Cristo es el verdadero “maná” del cielo que Dios envía a nosotros, pobres pecadores, para ser nutridos y alimentados con el perdón de los pecados, y de esta manera recibir de Dios paz, reconciliación, gracia, resurrección y vida eterna.

Sin este pan del cielo, no tenemos vida. Sin el pan de vida, que es Cristo, la vida de fe que recibimos en el bautismo se seca y muere. Pero alimentados, nutridos y fortalecidos por Cristo con el perdón de nuestros pecados, somos renovados día a día, de tal manera que la vida espiritual dada por Dios en su Palabra y en el Bautismo, no se pierde, sino que se mantiene y crece.

En el desierto de la vida, transitamos de la mano de Jesús, el pan de vida. No podemos cruzar el desierto sin el pan de vida. No podemos caminar si no disponemos de la verdadera comida y de la verdadera bebida que es la fe en el perdón que nos consiguió Cristo, cuando murió por nuestros pecados en la cruz.

La vida cristiana necesita, para sobrevivir, del pan de vida que es Cristo. El hambre y la sed espiritual se manifiesta en nuestros corazones, en nuestra vida, cuando vamos de aquí para allá, tratando de calmar esa sed y ese hambre espiritual a través de cosas materiales, a través de placeres mundanos. La tentación de creer que la felicidad está en las cosas terrenales de este mundo presente, puede llevar al cristiano a despreciar el perdón de los pecados conseguidos por Cristo. El cristiano puede imaginar entonces que el culto, el servicio divino, la catequesis constante, la práctica de la misericordia, ya no es tan necesario.

Frente a un mundo materialista, consumista e individualista, olvidamos a veces lo esencial para nuestra vida, que es Cristo, el Pan de Vida, y la comunión con su santa

¹ Recuperado el día 6 de agosto de 2015 de

http://protestantedigital.com/sociedad/35791/Con_su_Biblia_y_una_manta_sobrevive_66_dias_naufrago_en_el_Atlantico

iglesia, los hermanos en la fe. Olvidamos y dejamos de lado la sana enseñanza recibida. Dejamos de lado la Palabra de Vida, o sea, las Escrituras, la Biblia. Dejamos y despreciamos el tesoro de la Santa Cena, donde Cristo en persona, en pan y vino, alimenta a su pueblo, verdaderamente, con su propio cuerpo y sangre. Tantas bendiciones recibidas de parte de Dios en medio nuestro, y que ni siquiera prestamos atención. Como un padre amoroso, Dios espera que volvamos a casa, pero pareciera ser que preferimos más las inmundicias de este mundo, y la comida de los cerdos, que las perlas preciosas de la fe, la esperanza y el amor de Cristo.

No queremos reconocer la necesidad de la devoción diaria en nuestras familias, de la oración constante, del Padrenuestro, del valor del Credo como confesión de nuestra fe a otros que ya no saben en qué cosas creer. Como padres de familia, podemos preguntarnos si realmente estamos alimentando a nuestra familia con el pan de vida, si leemos la Palabra de Dios en familia, si oramos en familia, si pedimos perdón y somos perdonados cada vez que ofendemos a algún miembro de la familia. Preguntarnos si, al murmurar contra Dios, porque no nos salió esto o aquello, arrepentidos volvemos a sus pies, y con humildad de corazón reconocemos nuestra soberbia, el pecado del orgullo, y le confesamos: Perdón Señor, yo te ofendí. Ten piedad de mí Señor. Ten piedad de mi familia, por nuestro orgullo, por nuestra codicia, porque querer que tú nos des explicaciones de cosas que van más allá de nuestra comprensión. Perdón Señor Jesús por menospreciar tu perdón y amor. Reconozco mi pecado. Me arrepiento. Dame de ti, mi pan del cielo, mi pan de vida.

Y Jesús, ¿qué dice sobre esto? Él tiene una promesa especial para ti. Él te dice: “Al que a mí viene, no le hecho fuera” (Jn. 6:37). “El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás” (Jn. 6:35). “Yo, Jesús, soy tu Pan de Vida; mi Palabra es pan de vida, mi amor por ti, mi perdón, es mi alimento diario para ti. Mi regalo para ti es la resurrección y la vida eterna.”

¡Oh, qué excelente noticia! De ahí viene que el salmista diga: *“Los juicios del Señor son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal”* (Sal. 19:9b-10). Y también: *“Gustad, y ved que es bueno el Señor; dichoso el hombre que confía en él... Este pobre clamó, y le oyó el Señor, y lo libró de todas sus angustias”* (Sal. 34:8, 6).

Por eso, ahora, “esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente” (Ef. 4:17). “Despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos,... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad” (Ef. 4:22b, 24). En otras palabras: vivan como bautizados. Vivan vidas cristianas, vivan el bautismo recibido de Dios, vivan en arrepentimiento diario y constante, pero también vivan el perdón y la reconciliación diaria y constantemente.

“Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo” (Ef. 4:25). “Airaos, pero no pequéis: no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo” (Ef. 4:26-27). Cuidado con la lengua, vigilen cuidadosamente lo que van a decir, interpretando todo de la mejor manera. No sean porfiados, ni chinchudos, ni quejones, ni chismosos. Sean humildes en su manera de decir las cosas. Que las palabras que salgan de sus bocas, sean “para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuiste sellados para el día de la redención” (Ef. 4:29b-30), el día del santo Bautismo. Perdónense, y anden en amor, así como Dios nos perdonó en Cristo, el cual dio su carne “por la vida del mundo” (Jn. 6:51b). Amén.